

## CAPITULO XLI.

## EL NEGRO ENSANGRENTADO.

Media hora habíase deslizado desde que refirió María á su joven cuñada los sucesos mas interesantes de su romántica existencia, y aunque lacónica en los detalles, fué tan elocuente en todo el relato, que no pocas veces fué interrumpido por el lloro de Carolina, al cual mezclaba tambien la marquesa sus lágrimas, que ciertos dolorosos recuerdos no podian menos de hacer brotar de sus ojos.

—Te he proporcionado un mal rato — dijo la marquesa viendo que Carolina permanecía llorosa.

—No lo niego — respondió Carolina en acento conmovido — has lastimado profundamente mi corazon con la historia de tus desgracias, pero me consuela el ver que han terminado ya para siempre.

—Sí, Carolina, sí, se han terminado ya — añadió la marquesa ansiosa de consolar á la afligida jóven — y ahora voy á ser muy feliz.

—Sí, María, Dios es justo y querrá premiar tus virtudes y el

heroísmo con que has soportado tus padecimientos. Vas á abrazar á tu Luis muy pronto.

—Dices bien — repuso María radiante de placer — voy á ser la mujer mas feliz del mundo... Al lado de mi Luis... para no separarme ya mas de él... recibiendo entrambos las caricias de nuestros hijos... Solo el pensar en este momento inunda el alma mia de júbilo... Soy muy dichosa, amiga mia.

—¡Cuánto me alegro! — exclamó Carolina abrazando y besando á la marquesa con los ojos arrasados en lágrimas de placer.

—Hay en la vida momentos felices que son preludios de grandes consuelos. Este es uno de esos momentos prósperos, y no debemos desperdiciarle.

La marquesa tiró de un cordon, se presentó una doncella, y la hizo traer su mantilla y la de Carolina.

—¿Nos vamos ya á ver á Manuel?

—Sí, querida; pero eres tan egoísta que no piensas mas que en tu Manuel.

—Tienes razon. Iremos tambien á ver á tu papá, á Enrique, y al pobre Tomás. ¿Sabes que desde que me has contado tu historia quiero mucho á este honrado negro?

—Tengo en él tanta confianza, que una de las cosas que en estos dias me tranquilizaban mas era el saber que Enrique estaba con él. Me parece que á su lado no corre mi hijo peligro alguno; porque Tomás... ¡oh! estoy muy segura de ello... cuida de él como yo misma. Ha salvado mi vida, ha salvado la de mi Luis... Tambien hubiera salvado la de Enrique si se hubiera hallado en grave peligro.

En este momento el inesperado estruendo de una descarga vino á turbar el sosiego y la esperanza de las dos cuñadas.

A la nueva descarga siguieron otras que alternaban con fuego graneado bastante nutrido.

— ¡Otra vez empieza la lucha! — exclamó azorada María.

— ¡Ay hermana mía! — añadió Carolina temblando — ¡otra vez empieza el peligro!

— ¿Es posible?

— Sí... sí... demasiado cierto es.

— ¡Mas sangre aun!

— ¿Qué será de Manuel?

— Y también Enrique está en peligro.

— Es verdad.

— ¡Oh!... sí, en gran peligro.

Y al decir esto María tembló convulsivamente.

— ¿Qué tienes, María?

— Nada.

— ¿Y qué hemos de hacer ahora?

— Esto es horroroso.

— ¡Dios de bondad! ten compasión de tantos desgraciados. María, María, ¿qué será de nosotras?

— No sé... — repuso en tono fatídico la marquesa; — mi corazón empieza á desmayar... Una nube de sangre ofusca mi vista...

¿Qué es esto?... ¿Qué terrible presentimiento lacera mi alma?

— ¡Tiemblas, hermana mía!... ¡tu rostro palidece!...

De repente se abrieron las dos hojas de una puerta como si hubieran sido impelidas por la violencia de furioso huracán, y se presentó azorado y descompuesto el negro Tomás, con su blusa manchada de sangre.

— ¡Tomás! — gritó asustada la marquesa — ¿qué sucede?... Esa sangre.... ¿Y mi hijo?

Tomás, agitado por el cansancio y oprimido por un dolor profundo, no pudo responder; pero sus ademanes de angustia y desesperación anunciaban una gran desgracia.

— ¿Ha muerto mi hijo? — gritó la marquesa con la desgarradora expresión de madre.

Y después de grandes esfuerzos pudo Tomás balbucear estas terribles palabras:

— Aun no.

María exhaló un prolongado chillido de dolor, y apoyada en el brazo de Tomás, salió precipitadamente.

Carolina, trémula y acongojada con tan inesperado accidente siguió los pasos de la infortunada marquesa de Bellaflor.

